

# La represión nacionalista en la ciudad de Granada durante la guerra civil, 1936-1939

Alberto Moya Hidalgo

Universidad de Granada

seth\_15\_1@hotmail.com

Recibido: 27 diciembre 2013 · Revisado: 4 marzo 2014 · Aceptado: 15 marzo 2015 · Publicación online: 20 junio 2015



## RESUMEN

Caracterización de la represión nacionalista durante los tres años de Guerra Civil ocurrida en la ciudad de Granada. Destacaremos la colaboración ciudadana con las nuevas autoridades militares resaltando la importancia de los nuevos discursos, la parte de la sociedad que participaba, las motivaciones y las distintas formas de apoyo por parte de la población como la práctica de la denuncia, la participación en milicias ciudadanas o los diversos donativos.

Además, pretendemos poner de relieve el conocimiento que tenía el conjunto de la población sobre dichos acontecimientos basándonos fundamentalmente en testimonios de la época y publicaciones diarias que reflejan parte de la realidad de la que los ciudadanos eran conscientes, lo cual es útil para demostrar cómo las autoridades rebeldes trataban de disimular lo que allí sucedía o qué opinaban los ciudadanos respecto a esos hechos.

**Palabras clave:** represión, Granada, Guerra, Civil.

## ABSTRACT

*Characterization of the nationalist repression over the three years of Civil War occurred in the city of Granada. It is going to be detached the collaboration of the citizenship with the new military authorities, remarking the importance of the new discourses, the section of the society which participated on it, the motivation and the different ways of support from the population (the practice of the complaint, for example), the participation in civic militias or diverse donations.*

*Furthermore, we are going to give prominence to the knowledge that the whole of the population had about the previously mentioned events, basing our thoughts, fundamentally, in some testimonies from the epoch and daily publications that show part of the reality from which citizens were aware. This is useful to demonstrate how rebel authorities tried to hide what was happening there or what citizens thought about that facts.*

**Keywords:** repression, Granada, Civil, War.



## INTRODUCCIÓN

**E**l fracaso del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 que desembocó en una Guerra Civil de tres años de duración produjo un fenómeno bastante conocido en épocas de conflictos bélicos: la represión.

Este término tiene muchos matices ya que se puede ejecutar de diversas maneras y dependiendo de las circunstancias.

En el caso que presentamos, tratamos de explicar cómo se llevó a cabo en la ciudad de Granada.

Los objetivos que queremos abordar son varios y complejos. En primer lugar habría que mencionar que, dentro del caos que puede existir en tal coyuntura, la represión estaba organizada y preparada meses antes del golpe por las altas instancias militares por lo que no se puede decir que surgiese espontáneamente. De hecho, el mismo general Emilio Mola Vidal en su Instrucción Reservada núm. 1 de abril/mayo de 1936 afirmaba:

«Producido el movimiento (Base 5.<sup>a</sup>) y declarado el Estado de Guerra... se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los Partidos Políticos, Sociedades o Sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas».

En el presente artículo abordaremos dos aspectos que consideramos fundamentales para entender este fenómeno: la colaboración ciudadana y el conocimiento de la sociedad.

El primer plano que tratamos es en lo que se ha llamado «represión desde abajo». Lo que esto engloba es la participación ciudadana en dicha actividad, resaltando cuáles fueron las motivaciones que les llevaron a colaborar con las autoridades rebeldes y de qué manera tomaron parte en ese sentido. Entender esto es bastante complejo, ya que implica ponerse en la situación de aquellos hombres y mujeres en los que cualquier signo de tibieza implicaría un castigo severo. El otro aspecto en el que incidimos es en el conocimiento que poseía la población sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad. La represión fue dura y hay que analizar si la ciudadanía era consciente de lo que sucedía o apenas tenía conocimiento de esta actividad.

La metodología que hemos utilizado se basa en numerosas obras bibliográficas que aportan una visión bastante amplia sobre ese fenómeno, no solo en lo que se refiere a narrar los principales acontecimientos en esos tres años si no otros en los cuales se aporta información de conjunto sobre cómo los discursos franquistas calaban en la sociedad, por ejemplo. Otras fuentes que hemos considerado imprescindibles han sido numerosos testimonios de época, tanto de un bando como de otro, sobre dicho fenómeno, lo que sirve para asegurar que lo que allí sucedía era cierto y que era bastante conocido por todos aquellos a quienes les tocó vivir esa dura realidad. Y por último, hemos abordado también las diversas informaciones publicadas en *Idealy Patria* (unos

de los pocos permitidos en el bando nacional) donde se recogían bastantes noticias sobre lo que estaba sucediendo en la capital, en la provincia y el resto de España.

### «REPRESIÓN DESDE ABAJO»

Desde el primer momento que triunfó la sublevación en la ciudad hubo un cambio de mentalidad en la población. Ahora la sociedad no quedaría impasible y empezaría una colaboración con los rebeldes.

Para entender el cambio de pensamiento que se quería inculcar a la ciudadanía hay que tener en cuenta la importancia de los discursos políticos. La utilización de estas alocuciones servía para cohesionar a la sociedad y para crear mecanismos de «*autodefinición colectiva*». La definición de la naturaleza de la lucha y la caracterización del enemigo era fundamental para alcanzar la victoria final. Todos coincidían en describir el conflicto como una guerra de liberación en la que debían reconquistarse para España sus tierras y sus esencias perdidas. En los editoriales de los periódicos y los discursos pronunciados en el espacio público se puso de relieve que la guerra tenía otros muchos matices. Conceptos como «*penitencia*», «*sufrimiento*» o «*sacrificio*» pasaban a ocupar un primer plano en la definición de la guerra como un esfuerzo bélico por la rendición del solar patrio.<sup>1</sup>

No obstante, fueron muchos los granadinos que sintieron real la posibilidad de que España se convirtiera en un «*protectorado de Moscú*» si no defendían al país del invasor.

En dicho discurso se quería definir contra quién se hacía la guerra y que constituían la anti-España, de ahí la homogeneización y simplificación del conjunto de enemigos bajo el término de «*rojos*». Esta propaganda seguía una serie de objetivos: definir la guerra como una lucha Rusia-España (el «*rojo*» pasaría a ser un invasor extranjero) y demonizar y deshumanizar al enemigo para generar aversión por parte de la población (entre sus características estaban la cobardía y su animalidad).

La publicidad también fue un pilar esencial. A través de la prensa se propagaron las atrocidades cometidas por los «*rojos*» en las zonas gubernamentales (mientras en las editoriales se hablaba de normalidad en la ciudad). Según esta versión, el «*terror rojo*» se cebó con las «*personas de orden*», motivo por el cual es comprensible que las «*buenas personas*» recelaran del enemigo (esto produjo permisividad por parte de la burguesía local). Cuando Granada fue tomada, serían las narraciones de los crímenes y las destrucciones realizadas fuera de la capital las que alimentarían la animadversión de la población hacia la República. De hecho, conforme se fueron liberando ciudades, se difundían noticias falsas sobre los excesos cometidos por los «*rojos*» con afán de sembrar más odio en la sociedad.

---

<sup>1</sup> Claudio Hernández Burgos, *Granada azul. La construcción de la «cultura de la victoria» en el primer franquismo (1936-1951)*, Granada, Comares, 2011, págs. 47-50.

Los discursos y la publicidad crearon una buena base para generar desconfianza, odio y encontrar más apoyos, pero las nuevas autoridades prepararon actos para cohesionar al conjunto heterogéneo de la población que ahora también formaba parte de la represión.

El ritual de la muerte franquista, durante y después de la guerra, servía tanto para cohesionar como para justificar. Dos fueron las manifestaciones de duelo: los entierros públicos y las conmemoraciones en recuerdo a los caídos.

El primero ofrecía la posibilidad de dar ejemplo al resto de ciudadanos y hacía de la muerte el nutriente necesario para favorecer la identidad colectiva, la cohesión grupal del pueblo y presentaba la unidad de la comunidad en torno al sacrificio del «caído» como evidencia de la solidez del pueblo frente al enemigo. Además, la presencia demostraría la adhesión al nuevo régimen.

En lo que atañe a la construcción de monumentos para los «caídos», muchos fueron impulsados desde las altas esferas del poder pero otros muchos fueron fruto de iniciativas populares, mediante suscripción, que convirtieron al finado en patrimonio de la comunidad.<sup>2</sup>

Estas fueron las medidas adoptadas por el nuevo régimen para influenciar en la opinión pública y conseguir adhesiones. Pero aún teniendo en cuenta toda esta propaganda y actos con el fin de lograr más apoyos hubo también otras motivaciones así como diversas maneras de colaboración.

Una de las formas más comunes era la delación. Desde las nuevas instituciones se animó de forma permanente y constante a la ciudadanía y a los integrantes de colectivos sociales muy concretos a la prestación entusiasta de auxilio y colaboración con las fuerzas de orden público en las tareas de persecución, represión, castigo y exterminio de cuantos comenzaban a ser considerados elementos «asociales», «antipatriotas» o izquierdistas en general. Debido a esta propaganda fueron muchos quienes movidos por el miedo a sufrir represalias, por el deseo de verse reconocidos como auténticos leales a las nuevas autoridades militares, o por venganza contra quienes habían sostenido frecuentes disputas de todo tipo durante la República, se dedicaron a denunciar a sus vecinos. Esta participación colectiva contra los «rojos» favoreció la solidificación, en el todavía confuso magma adscrito al bando rebelde, de una informe multitud de lazos simbólicos. De esta manera contribuían a la generación de una poderosa conciencia de pertenencia, entre todos cuantos colaboraban en las labores de exterminio y aniquilamiento de los «antipatriotas».<sup>3</sup> Podría afirmarse que lo que se perseguía alentando esta conducta era la implicación en el proceso purificador al mayor número de

---

<sup>2</sup> Claudio Hernández Burgos, *Granada azul...*, *op. cit.*, págs. 128-136.

<sup>3</sup> Francisco Cobo Romero, Teresa María Ortega López, *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2005, págs. 121-123.

individuos posibles, sabedores de que cuantos más fuesen los involucrados, más difícil sería una «vuelta atrás».

Hay que matizar que no todos los denunciantes merecían la misma consideración ni resultaban igual de determinantes. Del mismo modo que unas acusaciones eran cuidadosamente contrastadas con los archivos policiales, de la Guardia Civil y de las propias informaciones que obraban en las Comandancias Militares, Delegaciones de Orden Público y Gobiernos Civiles, otras, en cambio, merecían el más alto crédito por la solvencia, la notoriedad o la influencia de quién las formulaba sin necesidad de comprobación.<sup>4</sup> De hecho, en muchas ocasiones, que una denuncia fracasara o prosperara dependía en buena medida del clero (a quienes también se les pedía su colaboración, aunque desde el comienzo la Iglesia apoyó al nuevo régimen). Se emitió además una nota de la Delegación de Orden Público afirmando que no se haría caso a las denuncias anónimas que estaban recibiendo continuamente, lo cual no era cierto ya que se seguían teniendo muy en cuenta.

Un caso de denuncia falsa fue la del doctor Rodríguez Contreras, que en aquel entonces era novio de la hermana del capitán Pelayo, que fue delegado de Orden Público y jefe del SIM (Servicio de Información Militar) y que tras comprobarse la inexactitud de la denuncia lo pusieron en libertad el 16 de agosto.<sup>5</sup>

Más adelante, el 21 de diciembre de 1938, se publican los premios que se concederían a los que facilitaran detalles o capturaran infiltrados «rojos», con cantidades en metálico entre 500 y 1.000 pesetas, y en el caso de personas con familiares presos, aquel sería puesto en libertad. La falta de cooperación ciudadana sería castigada con el máximo rigor.

Sin embargo, hubo una gran parte de la población a la que no hizo falta ninguna retórica de ese tipo para participar en la represión. Entre éstos estaban los miembros de las oligarquías tradicionales que se habían visto perjudicados por el gobierno precedente y sus leyes<sup>6</sup> (como la ley de la Reforma Agraria) y las clases medias y medias bajas que, si bien no apoyaban tan abiertamente a las nuevas autoridades, si daban su consentimiento o al menos su permisividad. Además, esta parte de la sociedad civil y de la trama caciquil y conservadora que apoyó y propició la sublevación, justificó esos métodos por la pérdida de poder que supusieron para ellos las elecciones de febrero de 1936 y que tuvieron que repetirse en Granada en mayo de ese año por las irregularidades (probadas) que se cometieron.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> Julio Prada Rodríguez, *La España masacrada, la represión franquista de guerra y posguerra*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pág. 155.

<sup>5</sup> Eduardo Molina Fajardo, *Los últimos días de García Lorca*, Córdoba, Almuzara, 2011, págs. 266-267.

<sup>6</sup> Los propios terratenientes entregaban listas negras de los llamados «alborotadores», cuya ejecución exigían.

<sup>7</sup> Miguel Caballero Pérez, *Las trece últimas horas en la vida de García Lorca*, Madrid, La Esfera de los libros, 2011, pág. 33.

Otros elementos que se mostraron prestos a dar su apoyo fueron quienes participaron en las llamadas milicias cívicas. La necesidad de ejercer un férreo control sobre los disidentes y mantener vigilados a indiferentes, pasivos y no comprometidos hizo que en toda la retaguardia se multiplicasen las milicias de segunda línea y los elementos cívicos armados para colaborar con los guardias en las tareas de vigilancia.

Antes de entrar en esta cuestión, no hay que olvidar que hubo individuos que formaron parte de un conjunto muy variado que se dedicaban a sembrar el terror mediante las famosas «sacas»<sup>8</sup> y «paseos»<sup>9</sup>. Eran las llamadas «Escuadras Negras». Esta organización estaba constituida por quince o veinte personas (todos ellos muy jóvenes) y la formaban hijos de familias acomodadas, falangistas, guardias civiles y asesinos que aprovecharon esta oportunidad para ponerse a salvo e incluso personas que antes habían pertenecido a partidos políticos y querían borrar su pasado a toda costa para evitar represalias (como el caso de Perico Morales que era miembro de la CNT antes del Movimiento y que se convirtió en uno de los instrumentos más sanguinarios de Valdés).<sup>10</sup> Unas veces obedecían órdenes de mandos oficiales, aunque otras muchas se guiaban por denuncias particulares y acusaciones anónimas.

En los primeros días de la sublevación actuaron sin control hasta que más adelante el Gobierno Civil los sujetó un poco, aunque, siguieron actuando al servicio de Falange para tomar represalias sobre cualquiera que oliera a «rojo».<sup>11</sup>

En las primeras semanas del conflicto, Granada contaba con cinco organizaciones paramilitares pertenecientes al bando rebelde. Las más activas eran Falange y tradicionalistas, que ya existían con anterioridad. Cabría resaltar que serían los falangistas los principales protagonistas de la vida granadina en la Guerra Civil (para 1939 puede afirmarse que todo aquel que tiene algún mando o poder pertenece, al menos oficialmente, a FET de las JONS). Desde el mismo momento de la sublevación «en poco más de 24 horas aumentó sus efectivos a 2.000 personas». Según testimonio de Miguel Rosales, Falange en aquellos momentos aceptaba en sus filas a todo el que quisiera luchar en el frente, como individuos pertenecientes a la CNT o la FAI.<sup>12</sup> Esta organización también se encargaba del auxilio social y la propaganda. Los tradicionalistas también aumentaron su número, pero al comienzo del conflicto servían como correo entre los puestos de guarnición y poco después organizaron fuerzas de vanguardia.

---

<sup>8</sup> «Sacas» arbitrarias de los concentrados en la Plaza de Toros, Cárcel Provincial o La Campana.

<sup>9</sup> Cogían a izquierdistas de sus casas en plena noche y los fusilaban en el cementerio. También era frecuente que se presentaran en los hospitales para llevarse a alguien, sin hacer caso de las protestas del personal médico, para matarlo en la calle.

<sup>10</sup> Ian Gibson, *La represión nacionalista en Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, París, Ruedo Ibérico, 1971, págs. 53-54.

<sup>11</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía: Crónica de la investigación de Agustín Penón sobre Federico, García Lorca*, Granada, Comares, 2001, pág. 57.

<sup>12</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía...*, *op. cit.*, pág. 61.

En Granada, además de las anteriormente mencionadas, se crearon tres organizaciones milicianas voluntarias con diversas funciones: «Españoles Patriotas», «Defensa Armada» y «Batallón Pérez del Pulgar».

La incorporación a «Españoles Patriotas» no era tan voluntaria como podría parecer. Hubo gente que se tuvo que alistar, porque debían pertenecer a ella quienes tuvieran licencia de armas de fuego y no formaran parte de Falange o de los tradicionalistas. En caso de no aceptar, se les retiraba la licencia y se les fusilaba por tenencia ilícita de armas.

«Defensa Armada» estaba formada por individuos que no podían participar ni en el Ejército ni en las anteriores milicias, no obstante agruparía a ciudadanos de toda clase pero de reconocida «*solvencia moral, capacidad, lealtad y patriotismo*».

Estas dos milicias tienen rasgos comunes. Ejercían su control sobre la capital vigilando la conducta de los granadinos para descubrir posibles afectos a la causa republicana y denunciarlos a las autoridades y dado que su actuación se limitaba al casco urbano era una manera más fácil de no alterar su vida cotidiana y mostrar adhesión al nuevo régimen, ya que el menor signo de tibieza o indiferencia podría resultar fatal.

Ambas milicias, más tarde o más temprano, se incorporan a FET de las JONS.

Por último estaría el «Batallón Pérez del Pulgar» creado por iniciativa del ex diputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso. La idea era que estuviese compuesto por presos republicanos a quienes se les prometía salvar la vida si luchaban. Se nombró como jefe al capitán de la Guardia Civil señor Lachica. Sin embargo, esta experiencia resultó ser un auténtico fracaso y a finales de noviembre de 1936 quedó disuelto el batallón y sus restos incorporados a la 4.<sup>a</sup> Bandera de FET y de las JONS en febrero de 1937.<sup>13</sup>

Otra manera menos peligrosa de mostrar adhesión al régimen fueron las suscripciones patrióticas o de otra clase realizadas por los ciudadanos. Hay que entender que la principal razón para poner en marcha todo este mecanismo recaudatorio era aportar ingentes recursos al esfuerzo bélico, lo cual, obviamente, era una forma de coadyuvar con las nuevas autoridades de una manera no tan agresiva, comparado con las consecuencias producidas por una denuncia que, básicamente, eran sentencias de muerte. Pero ello no implica que careciera de importancia.

Según el cronista oficial de Granada era en estas aportaciones «*donde queda reflejado el entusiasmo de la ciudad hacia la Causa, por el carácter voluntario de las aportaciones*». De éste se desprende tal testimonio:

«Ha sido un soberbio enfloramiento de la generosidad granadina que en su entusiasmo por la causa no ha querido poner límites en su aportación económica con el cumplimiento fiel de sus deberes fiscales en los distintos aspectos y variantes de los

<sup>13</sup> Eduardo Molina Fajardo, *Los últimos días...*, op. cit., pág. 251.

conceptos contributivos normales, y llegó mucho más lejos con suscripciones voluntarias, rifas (...) claro signo del bienestar general».<sup>14</sup>

En la correspondencia de José María Bériz se habla de que «*la suscripción para el Ejército va por unas 300.000 pesetas. También se entrega oro en joyas y anillos. En fin, hay un gran espíritu*».<sup>15</sup>

A quienes contribuyen desde el primer momento de forma voluntaria y entusiasta se suman pronto quienes lo hacen movidos por el clima de terror desatado en la retaguardia.

Hay que matizar también la «voluntariedad» con la que se hacían las suscripciones. *Ideal y Patria* solía publicar los nombres y apellidos de quienes habían aportado dinero, oro, joyas o medallas. Ésta era una manera indirecta de poner en entredicho a los que no daban lo que las autoridades consideraban que debían de dar y por ello los más pudientes hubieron de contribuir con importantes cantidades de dinero, como es el caso de la familia Rodríguez-Acosta. En el libro de José Luis Entrala se esquematizan las 53 suscripciones (exactamente el número de veces que se pidió ayuda a los granadinos en dicho periódico) en siete categorías: material de guerra, soldados en combate, Banco de España, objetivos religiosos, obras de beneficencia, obras hospitalarias y homenajes<sup>16</sup>.

De las aportaciones económicas que sí podemos considerar voluntarias y efectuadas desde el primer momento se puede deducir quiénes fueron los defensores del golpe: la mayoría estaban presididas y organizadas por las élites locales, por lo que, dependiendo de las diferentes zonas y de la entidad de cada población, hallamos a su frente desde la baja aristocracia a profesionales liberales, pasando por rentistas, industriales, párrocos e, incluso, algunos campesinos acomodados.

Además, en las páginas de *Patria* se publicaban diariamente los donativos, los cuales podían ser cantidades variables de dinero, chalecos de lana, pasamontañas, pañuelos, oro... Se ponían de manifiesto las multas impuestas por el alcalde (por infracción de determinadas Ordenanzas municipales, tales como vender leche aguada) y se pedían madrinas de guerra.

Un par de ejemplos en *Patria*:

«Don Alberto Izcon Ginoll, para la suscripción de plata con destino al Laboratorio Militar, se ha hecho entrega de 25 pesetas.

Por el mismo señor y para la construcción de templos de Albayzín, 25 pesetas.

Por el mismo señor, y para caramelos a los Cristobalicos y Padre Manjón, 25 pesetas».<sup>17</sup>

<sup>14</sup> Cándido Ortiz de Villajos, *Crónica de Granada en 1937*, Granada, Imprenta Urania, 1938, pág. 25.

<sup>15</sup> Manuel Titos Martínez, *Verano del 36 en Granada: un testimonio inédito sobre el comienzo de la Guerra Civil y la muerte de García Lorca*, Granada, Atrio, 2005, pág. 112.

<sup>16</sup> José Luis Entrala, *Granada sitiada 1936-1939*, Granada, Comares, 1996, págs. 175-176.

<sup>17</sup> *Patria*, edición Granada, 9/10/1937, pág. 4.



«La señora doña Julia Folcín, viuda de Velasco, ha tenido la gentileza de entregar en el Gobierno Militar de esta Plaza, 400 pesetas para las necesidades del Ejército, y S. E. el general gobernador ha dispuesto se haga pública la generosidad y patriotismo de la distinguida donante».<sup>18</sup>

## CONOCIMIENTO CIUDADANO

Ante toda esa vorágine de terror, asesinatos y cruel represión habría que formularse una pregunta: ¿Realmente conocían los granadinos todas las tropelías que estaban ocurriendo en su ciudad?. Esta cuestión es interesante porque nos permite saber cuál era la información que les hacían llegar los medios (si la ocultaban o ponían eufemismos) y qué grado de permisividad, indiferencia o paralización por el terror les causaban tantos crímenes que pudieron llegar a verlo como cotidiano.

En muchas ocasiones, las personas que vivieron aquellos acontecimientos suelen demostrar una ignorancia absoluta sobre ellos. Se limitaban a decir «*Nosotros no sabemos nada*» cuando se les hablaba del tema. Pero la realidad es que algo sí se sabía. Se puede afirmar esto porque algo se publicaba en *Ideal*. En sus páginas, los granadinos pudieron saber que al menos se había fusilado a 119 personas y detenido a 300 por diversos delitos.<sup>19</sup> La publicación de las ejecuciones no siempre era nominal. A partir de octubre, una férrea censura controlaría la publicación de todo este tipo de noticias e iniciaría el blanqueo de lo que realmente ocurría en la retaguardia de la zona nacional. Se prohibió ofrecer detalles de los asesinatos cometidos en los pueblos y se obligó a los periodistas a emplear los siguientes eufemismos:

«En las medidas represivas se procurará no revestirlas de frases o términos aterradores, expresando solamente “se cumplió la justicia”, “le llevaron al castigo merecido” o “se cumplió la ley”».

De lo que no informaban eran de los asesinatos que se estaban cometiendo, que no aparecen ni en este periódico ni en el libro de Gollonet y Morales ni en la Cruzada.

Pero aunque no se informara, la gente lo conocía bastante bien. Los ciudadanos conocían a los miembros de las «Escuadras Negras» ya que solían presumir de las atrocidades cometidas e incluso hacían ostentación de las pertenencias personales de aquellos a los que habían asesinado. Por poner un ejemplo, conocido es el caso de Francisco Jiménez Callejas que era famoso por sus asesinatos y de quien se dice que llegaba todas las noches cubierto de sangre a un burdel de la calle Elvira donde se hacía lavar por su prostituta predilecta.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> *Patria*, edición Granada, 2/11/1937, pág. 2.

<sup>19</sup> Jose Luis Entrala, *Granada sitiada...*, *op. cit.*, págs. 253-269.

<sup>20</sup> Ian Gibson, *La represión nacionalista...*, *op. cit.*, págs. 53-54.

En la correspondencia de José María Bériz Madrigal con José y Miguel Rodríguez-Acosta informa que los fusilamientos son constantes a partir del 3 de agosto, sobre todo de personas conocidas para la familia, pero carece de detalles y, en general, de juicios de valor, lo que demuestra que en la ciudad se estaba al corriente de lo que estaba sucediendo. Reflejo de lo cotidiano de la represión es esta frase extraída de las cartas:

«Me dicen que esta mañana —se refiere al 18 de agosto— han fusilado a cinco oficiales de Infantería, a un capitán de Artillería y a dos sargentos. ¿Qué os parece? ¡Qué horror diréis! Aquí oímos esas cosas ya como si tal cosa».<sup>21</sup>

También era frecuente oír en esos primeros momentos la expresión «*hay carne fresca en el barrio*» dicha por los falangistas refiriéndose a los fusilamientos.

Otras fanáticas mujeres, notorias falangistas, presumían de subir al cementerio a bailar sobre las tumbas de los fusilados, así como también había otros a los que les gustaba presenciar los fusilamientos.

Pero también había quienes no apretaban el gatillo pero eran igualmente culpables, como el grupo de individuos de los que se rodeó en un primer momento el gobernador civil Valdés.<sup>22</sup> Su tarea consistía en la eliminación de personas y creación de un régimen de terror elaborando las listas con los individuos que había que fusilar. Se conocía a quienes tenían una ideología izquierdista o republicana gracias a las fuerzas del orden que coadyuvaban dando nombres, como el jefe de policía Julio Romero Funes. El papel de los abogados allí presentes era dar un aspecto de legalidad a la ilegalidad de la situación. Entre los magistrados destacados estaban los hermanos José, Antonio y Manuel Jiménez de Parga a quienes el médico de Valdés relacionaba estrechamente con las listas que se hacían en el Gobierno Civil de las personas que tenían que ser detenidas.<sup>23</sup>

Sobre esta represión física tenemos numerosos testimonios. Los «*paseos*» fueron descritos con precisión por Claude Couffon en su obra *Le crime a eu lieu à Grenade* (París, 1962). La escritora norteamericana Helen Nicholson, que era pronacionalista, veraneó aquel año cerca de la Alhambra<sup>24</sup> y en su obra *Death in the Morning* (Londres, 1937) describe la gran cantidad de fusilamientos que se producían por la noche.<sup>25</sup>

---

<sup>21</sup> Manuel Titos Martínez, *Verano del 36 en Granada...*, *op. cit.*, págs. 85-139.

<sup>22</sup> Hay que tener en cuenta que el comandante Valdés no era natural de Granada y llevaba poco tiempo destinado en la ciudad, así que carecía de información sobre quiénes podrían ser los elementos desafectos al nuevo régimen, por lo que se tuvo que rodear de personas que sí conocieran la realidad de la sociedad y que le ayudaron de una forma totalmente voluntaria.

<sup>23</sup> Miguel Caballero Pérez, *Las trece últimas horas...*, *op. cit.*, págs. 137-139.

<sup>24</sup> El lugar de ejecución era el cementerio municipal situado detrás de la Alhambra, al suroeste. Esta zona fue declarada de acceso prohibido a partir de los primeros días del Alzamiento —hubo un puesto de la Guardia Civil en el camino del cementerio— y en el caso de muertes «naturales» sólo se permitía que subiesen al entierro dos o tres familiares del difunto.

<sup>25</sup> Ian Gibson, *La represión nacionalista en Granada en 1936...*, *op. cit.*, pág. 56.

Otro ejemplo sería el de la baronesa de Zglinitzki, poetisa y novelista estadounidense y firme defensora de los militares rebeldes, que afirmó que las ejecuciones «*aumentaban a un ritmo alarmante y repugnante para cualquier persona inteligente*».<sup>26</sup>

Nos podemos encontrar con testimonios de primera mano en la obra de Agustín Penón. Uno de ellos es el de un antiguo preso republicano llamado Néstor que hace la siguiente afirmación sobre Falange:

«Si los hubiera visto invadiendo las calles, con sus monos azules y el brazalete con la insignia de Falange en el brazo. Niñacos insolentes y arrogantes, maltratando y arrastrando a las personas fuera de sus casas, golpeándolas con las culatas de los fusiles, dejando una huella de terror por donde pasaban. Fusilando a la gente a capricho, porque un hombre se había atrevido a mirar a la muchacha que a uno de ellos le gustaba, o porque no iba a misa los domingos, o porque había asistido a un mitín socialista...».<sup>27</sup>

Sobre la duración de esa situación dice:

«No sé los días, pero fue una eternidad... Después cuando las cosas se legalizaron algo tampoco fueron mucho mejor, mataron sin compasión. Yo que estuve en la cárcel lo puedo afirmar. Y ¿sabe por qué estoy aún vivo? Porque era un número par en la lista de los detenidos. Una noche entraron varios de ellos bien armados y fueron llamando a todos los presos que tenían número impar. Se los llevaron y los fusilaron inmediatamente junto a las tapias del cementerio. Y se jactaban de haberlo hecho, porque según decían, en Málaga los “rojos” se habían cargado a un pez gordo, a uno de los suyos. Y hechos así se repetían por cualquier motivo».<sup>28</sup>

El autor confirma que estas declaraciones coinciden con las que ha escuchado de otras personas.

Miguel Ruiz Castillo, profesor y poeta, recuerda que en los primeros meses de la guerra él tenía diez años, jugaba en la calle a pares y nones con otros niños, apostando si se llevarían a matar a casa de sus vecinos a uno o a dos.<sup>29</sup>

Otro testimonio que recoge Agustín Penón es el de Blas, un individuo que reside en Víznar y tiene allí un negocio. Éste le confiesa:

«¡Dios mío, la de gente que fusilaron aquí! Yo no tenía entonces más que once años pero lo recuerdo muy claramente, como si fuera hoy. ¡Mataron a miles! Fue terrible. Iban a las casas, se llevaban a los hombres, decían que sólo era para interrogarles y ya no se volvía a saber de ellos. Las mujeres y los hijos esperaban y esperaban y nunca

---

<sup>26</sup> Paul Preston, *El Holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debate, 2011, pág. 249.

<sup>27</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía...*, *op. cit.*, pág. 75.

<sup>28</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía...*, *op. cit.*, pág. 75.

<sup>29</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía...*, *op. cit.*, pág. 109.

más volvían... nunca. Estuvieron a punto de fusilar a mi propio hermano, pero logró salvarse. Si él no había hecho nada...».<sup>30</sup>

Todo esto concierne a lo referente a la eliminación física de los individuos pero había otros castigos que eran públicos precisamente para sembrar el terror y que sirviera de ejemplo. Buena prueba de ello es el escarnio al que sometían a las mujeres de los obreros, que consistía en raparles la cabeza y las obligaban a beber aceite de ricino para pasearlas por las calles hasta que hiciera su efecto, pero ni aún después de esto terminaba su castigo por mucho que lloraran y pidieran perdón (testimonio del evadido sargento Manuel Aguilera).<sup>31</sup> Esto se producía en Granada pero semejante castigo sucedía en Aroche, Moguer, Lora del Río, etc., así que no podemos hablar de que fuera un fenómeno esporádico que sólo se dieran en un lugar específico.

## CONCLUSIONES

En el presente artículo hemos tratado de explicar cómo, a partir del triunfo de la sublevación en la capital se inicia un fenómeno de represión, que estaba organizado de antemano, pero que en este caso se agudizó puesto que en un primer momento estaban aislados de la Andalucía sublevada, así que las autoridades rebeldes se vieron «obligadas» a impulsar un régimen de terror para frenar cualquier posibilidad de rebelión dentro de la propia ciudad.

Para ello, aparte de las propias autoridades de la capital, también intervinieron individuos para llevar a cabo fusilamientos de sujetos sospechosos de ser de izquierdas. Otros ciudadanos mostraron su apoyo denunciando a quienes consideraban eran desafectos con el nuevo régimen o simplemente como venganza por riñas en el pasado. Otras maneras de mostrar adhesión serían las donaciones económicas o la participación en las milicias cívicas. En este nivel de colaboración estaban incluidas, además, bastantes capas de la sociedad como las clases medias, las élites locales y las oligarquías tradicionales que habían visto mermados sus intereses durante los años de la República y que no necesitaron de discursos por parte de las autoridades, prestando su apoyo desde un primer momento. De hecho, las medidas que el gobierno adoptó en lo referente al campo produjeron verdadero malestar a quienes detentaban tantas propiedades. La Reforma Agraria puede decirse que fue «*la gota que colmó el vaso*». Tal es así, que fue frecuente la frase «*vamos a aplicarte la reforma agraria*» a la hora de fusilar a los campesinos. Aparte de la población, la Iglesia granadina también ofreció unos amplios apoyos, ya que tanto aquí como en muchos lugares de Andalucía y España se solicitaba apoyo de los párrocos puesto que ellos conocían muy bien a sus feligreses y a su ideología.

---

<sup>30</sup> Agustín Penón, *Miedo, olvido y fantasía...*, op. cit., pág. 364.

<sup>31</sup> José María Závala, *Los horrores de la guerra*, Barcelona, 2005, pág. 121.

La represión fue bastante dura así que es un fenómeno que sin lugar a dudas debía ser conocido por la población. En las publicaciones de *Ideal* hemos mencionado los fusilamientos y las detenciones, sin embargo, en *Patria* sólo hablan de las ejecuciones en respuesta a los bombardeos que estaba sufriendo la ciudad.

Hubo otros testigos de especial relevancia, pero quienes más pueden reflejar la situación son los ciudadanos anónimos, aquellos que sí vivieron esos momentos de tensión, que veían los camiones pasar con individuos hacia el cementerio y volver vacíos, los rumores de notorios falangistas sobre su actividad en la represión y los tiroteos que se podían oír en ocasiones.

Sin embargo, hay que tener en cuenta un factor muy importante a la hora de interpretar los testimonios de un bando y de otro. En el momento de las entrevistas comentadas «los vencedores querían justificarse y los vencidos eran un pozo de odio y resentimiento» como declaró un viejo banderillero a Agustín Penón.

Podría concluirse que el principal objetivo del nuevo régimen sería el miedo para dejar atenzada a la población a la vez que atraer a un cierto sector a su favor y ocultar los crímenes que estaban sucediendo, en la medida de lo posible, para no dañar la imagen de las nuevas autoridades con respecto al exterior pero que los ciudadanos sí lo conocían suficientemente.

